

ESE SANGRIENTO CARNAVAL. EXPERIENCIA Y NARRACIÓN DE LA REVOLUCIÓN SOCIAL EN LA ESPAÑA SUBLEVADA (1936-1939)¹

THAT BLOODY CARNAVAL. EXPERIENCE AND NARRATION OF THE SOCIAL REVOLUTION (1936-1939)

Pablo Gómez Nogales. Universidad de Zaragoza, España.

E-mail: donpablo.pk@gmail.com

Resumen: El artículo trata las narraciones difundidas por la retaguardia rebelde sobre la revolución social que tuvo lugar en las principales ciudades españolas. Estos relatos desempeñan un papel fundamental en relación dialéctica establecida entre la revolución y la contrarrevolución pues transmitían la experiencia de muchos testigos de la violencia revolucionaria. Esta tensión dialéctica es una de las claves explicativas de las transformaciones políticas, sociales y culturales que tuvieron lugar en la retaguardia rebelde y que dieron lugar a la construcción de la cultura de guerra franquista.

Palabras clave: Revolución – Contrarrevolución – experiencia – narración – comunidad nacional.

Abstract: The article studies the narrations about the social revolution published in the rebel rearguard. These accounts play an essential role in the dialectical relation establish between revolution and counter-revolution since they transmitted the experience of many witnesses of the revolutionary violence. The connexion that joins revolution and counter-revolution it's crucial for understanding the political, social and cultural changes that took place in boths rearguards.

Keywords: Revolution – counter-revolution – experience – narration – national community.

¹ Recibido: 07/12/2013 Aceptado: 20/12/2013 Publicado: 15/01/2013

Introducción.

Para comprender plenamente el conflicto bélico que sacudió España entre 1936 y 1939 y las formas en que fue vivido por sus protagonistas debemos situarnos en el marco de la llamada guerra civil europea que tuvo inicio con la Primera Guerra Mundial (1914-1945). Durante ese periodo se vivió una intensa crisis política y social provocada por el paso de una sociedad de base agrícola a una sociedad industrial. La nostalgia provocada por el ocaso de una época se mezcló de una forma ambigua con la promesa de un futuro radiante gracias al progreso tecnológico; mientras que la cercanía de un horizonte revolucionario acentuó los miedos y las esperanzas respecto al futuro más inmediato. Toda esta mezcla se vio agitada por la extraordinaria violencia desplegada durante la Gran Guerra. A partir de entonces, la eliminación física del adversario se convirtió en una solución verosímil de los distintos conflictos de clase, de género y raciales. Y junto a la guerra el otro motor de estas dinámicas violentas fue la dialéctica entablada por el binomio revolución-contrarrevolución. Evidentemente, esta situación no fue vivida e interpretada de la misma forma por todo el mundo. La experiencia de cada individuo y, naturalmente, sus temores y sus esperanzas, variaron según su clase social, su género, su nacionalidad, etc.²

En el caso de España, la crisis política de las décadas finales del sistema de la Restauración se intensificó durante los cinco años de gobierno republicano. La intensa movilización política de este periodo sentó, en buena medida, las bases por las que discurrirá la guerra civil. Sin embargo, a comienzos de julio de 1936 la guerra sólo era una de las distintas salidas que se ofrecían a la situación política española. En este sentido, el golpe de Estado fue un acontecimiento crucial que marcó el desarrollo posterior de los acontecimientos. Poco a poco, el país quedó dividido en dos bandos igualados en sus fuerzas, dando inicio a sendos procesos sociales, políticos y culturales³. A medida que la situación se alargaba y que se descartaba una resolución rápida de la división del país la guerra fue tomando cuerpo y se hizo necesaria la movilización de la población. En este momento de transición comenzó un proceso de construcción de una cultura de guerra; entendida como un conjunto de elementos culturales y discursivos puestos en marcha para la adaptación de la población

2. TRAVERSO, Enzo (2009): *A Sangre y Fuego. De la Guerra Civil Europea*, Valencia, Universitat de Valencia [edición italiana de 2006]; ANDERSON, Perry, "Modernidad y revolución". En: N. Casullo, *El debate Modernidad – posmodernidad*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1993, pp. 77-92.

3. RODRIGO, Javier: "Retaguardia y cultura de guerra, 1936-1939". En: *Ayer*, 76 (2009); CRUZ, Rafael (2006): *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI.

a una situación de guerra y violencia de masas. Ésta incluyó la formación de la opinión pública y de los imaginarios sociales, la construcción del enemigo, la gestión del sufrimiento, de la muerte y del duelo y, por supuesto, su memoria. Como venían haciendo a lo largo de los últimos cinco años, los distintos actores individuales y colectivos que se desenvolvían en el territorio controlado por los golpistas desarrollaron una competición política por imponer significados y reforzar una identidad común. Los partidos políticos a través de sus líderes, los ciudadanos, el ejército y la Iglesia fueron los protagonistas de este proceso improvisado de negociación. Por lo tanto, el resultado del mismo no se puede entender como una imposición desde arriba sino como una interacción, bidireccional.⁴

Como en el resto de Europa, la relación dialéctica establecida entre la revolución y la contrarrevolución fue uno de los motores del conflicto; y no sólo en su aspecto violento sino también en los aspectos político, social y cultural e identitario. Una de las piedras angulares de esta naciente cultura de guerra fue el concepto de revolución, que a lo largo de toda la crisis política de entreguerras fue objeto de una constante redefinición. En el proceso que culminó con la Guerra Civil, aquel término se estiró para englobar distintas realidades que fueron asimiladas dentro de un mismo esquema mental⁵. Este discurso se apoyaba en una tradición demofóbica anterior que, ahora, cumplió un papel fundamental en el esfuerzo de guerra. La derecha contrarrevolucionaria en sus distintas vertientes, nacional-católica y falangista, configuró un discurso defensivo: la revolución era la causa de los efectos disolventes de la modernidad. En torno a esta amenaza se fraguó una alianza de clases sociales heterogénea que apoyó el esfuerzo militar y la creación de un nuevo régimen político.

En este artículo nos centraremos en las narraciones difundidas en la retaguardia rebelde sobre el inicio de la revolución en las principales ciudades españolas de la zona republicana, especialmente Madrid. Estas narraciones son, en primer lugar, testimonios de los supervivientes de una realidad violenta y cruel. Fueron producidas en una retaguardia donde la construcción del discurso estaba totalmente controlada y sometida a unas reglas marcadas por las autoridades militares. Aún así, no se puede reducir a una simple operación de propaganda; estos relatos nos

4. El concepto de cultura de guerra en AUDOIN-ROUZEAU y Stéphane, BECKER, Annette (2003): *14-18, Retrouver la Guerre*, Galimard, Paris; CRUZ, Rafael, op. cit., pp. 261-320 ha descrito estos procesos de movilización y sus significados políticos y culturales.

5. Una obra que muestra cómo los conceptos de revolución y de contrarrevolución se van definiendo en consonancia con la propia dinámica política y violenta de la revolución francesa tanto por sus protagonistas como por sus antagonistas es MARTIN, Jean-Clément (1998): *Contre-Révolution, Révolution et Nation en France, 1789-1799*, Paris, Seuil.

dicen mucho sobre la representación que de la sociedad tienen sus autores, cuáles son sus inquietudes y sus anhelos y cómo fueron articuladas por el naciente estado franquista para forjar una nueva forma de legitimidad⁶. Los relatos objeto de este artículo parten de una imagen utópica de las ciudades creada en torno a la experiencia social de las clases medias urbanas. Esta clase, centro y referencia de esta narración, entiende el espacio urbano como una proyección de su poder social. Por supuesto, como en su visión del conjunto de la sociedad, el conflicto de clases está completamente ausente. Es más, los trabajadores sólo aparecen tangencialmente. En línea con la interpretación canónica de la revolución, estos testigos describen los cambios acontecidos en sus ciudades en el verano de 1936 como una desviación de la línea recta marcada por la civilización cristiana occidental. Al canalizar toda la ambigua experiencia de la modernidad, por lo menos sus aspectos negativos, a través de la imagen de la revolución, la rectificación de este desvío supondría el final de los problemas derivados de las crisis política y social del periodo de entreguerras y la normalización de la vida.

1. España pierde el rumbo.

Paseando por Madrid el 18 de julio, Ana María de Foronda expresaba su sorpresa y escándalo porque ese "domingo [...] Cafés, plazas, calles, rebosan de un público extraño, de aguafuerte, que nunca vimos tanto reunido. [...] Público de mina, de bajos barrios, de entierro marxista... soez, gritador, amenazante...". Un día después Antonio Guardiola relataba cómo "las calles de Barcelona, tan limpias, tan animadas, tan repletas siempre de muchedumbres trabajadoras, habían tomado, de pronto, un aspecto trágico: todos los hombres que se veían en ellas aparecían en mangas de camisa, despechugados, el rostro con una expresión feroz, manchados muchos de ellos de sangre, de polvo o de barro, tiznados por el humo de los incendios...". Sensaciones parecidas a las que expresan esas breves frases debieron ser experimentadas por diferentes miembros de la clase media al comienzo de la guerra; en bastantes ocasiones encontraron quien las plasmase sobre el papel. Las descripciones deshumanizadoras del enemigo como éstas no fueron una excepción durante la guerra civil. Al contrario, se convirtieron en la norma. Y es lógico pensar que el motivo principal era la necesidad de movilizar a la población para la lucha y de anular la empatía hacia el que hasta ayer era compatriota y hoy era el enemigo extranjero, el ruso. La guerra fue el contexto en

6. Los relatos sobre el terror rojo han sido tratados de forma magistral por GARCÍA, Hugo, "Relatos para una guerra. Terror, testimonio y literatura". En: *Ayer*, 76 (2009) pp. 162-163, donde hace referencia a este proceso de construcción y a su relación con la cultura de guerra.

el que se forjó y se extendió una estricta división de la comunidad nacional en un “ellos” y un “nosotros” definido por oposición; en definitiva, se creó una cultura de guerra⁷.

Pero es importante resaltar que el país había comenzado a dividirse mucho antes y que a la altura de julio del 36 la comunidad estaba atravesada por fracturas que entorpecían la empatía, especialmente en las ciudades con un crecimiento industrial acelerado. Por eso, cuando descendemos a los relatos de la revolución nos llama poderosamente la atención la cantidad de líneas de continuidad existentes con el discurso contrarrevolucionario anterior a la guerra. La cultura de guerra franquista se apoyó en un discurso demofóbico que hundía sus raíces en la historia europea e, incluso, se había visto influenciado por la expansión colonial europea y española. Este discurso se ocultaba fácilmente entre otras visiones ideales que presentaban la comunidad como una unidad armónica pero volvía a la superficie insistentemente en los momentos de crisis. Y la llamada guerra civil europea fue una inmensa crisis política y social durante la cual el espectro de la revolución, tantas veces ahuyentado en el pasado, volvió a sobrevolar el viejo continente. La ansiedad que la modernidad capitalista había suscitado entre una buena parte de la población – con su rápida sucesión de cambios y la ruptura de los lazos comunitarios tradicionales – fue tomando una forma sólida: la del trabajador organizado en un sindicato o un partido político; en una palabra, el marxista. En España, la crisis política tuvo su ritmo propio. La proclamación de la II República en 1931 disparó estas ansiedades. Posteriormente, la huelga revolucionaria de octubre de 1934 y la primavera de 1936 dejaron claro que la amenaza revolucionaria era muy seria. Durante estos cinco años que precedieron al estallido de la Guerra Civil los distintos ingredientes del discurso contrarrevolucionario se combinaron con éxito⁸.

Pero, continuidades aparte, la guerra y las nuevas formas de violencia que puso en marcha fueron el marco necesario sin el que no se puede entender el proceso mediante el cual se configuró una nueva identidad nacional. El verano de 1936 se iba a convertir en un momento clave de la historia de España. Entonces estalló, esta vez sí, la revolución social. E, ironías de la historia, no fue

7 FORONDA, Ana María de (1937): *Nueve meses con los rojos en Madrid*, Ávila, Imprenta católica Sigiriano Díaz, p. 40; GUARDIOLA, Antonio (1939): *Barcelona en poder del Soviet. El infierno rojo*, Barcelona, editorial Maucci, p. 33; RODRIGO, Javier (2013): *Cruzada, paz, memoria. La guerra civil en sus relatos*, Granada, Comares; NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manuel (2006): *Fuera el invasor. Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil español (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons.

8 El discurso demofóbico en DOMENECH, Antoni (2004): *El eclipse de la fraternidad*, Barcelona, Crítica. La importancia de la experiencia de “octubre” de 1934 en GARCÍA, Hugo, op. cit., pp. 162-163. La configuración del discurso contrarrevolucionario durante el periodo republicano en TRULLÉN, Ramiro (2014): *España trastornada*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Zaragoza.

el impulso irrefrenable del movimiento obrero el que lo hizo posible. Fue un levantamiento militar el que puso al gobierno de la República contra las cuerdas. Éste, en su desesperación, llamó en su defensa a los militantes de los partidos y sindicatos obreros. El momento más temido había llegado de forma totalmente inesperada: lo que era una acción defensiva se convirtió en pocas horas en una ofensiva contra la sociedad burguesa. Los conflictos sociales y políticos incubados durante décadas habían estallado delante de aquellos que los habían ignorado o, en ocasiones, provocado. Ahora, se podrían resolver de formas nuevas, en la calle y con la violencia como principal argumento. La reacción de la clase media reflejaba su sorpresa y su temor ante una situación que parecía lejana pocos días atrás. Fueron muchos los que descubrieron con horror que los cinco años anteriores sólo habían sido una preparación para la verdadera revolución. Haciendo gala de su flexibilidad, el concepto de revolución se amplió de nuevo, alimentado con las experiencias de la retaguardia republicana. Si durante la República se habían considerado revolucionarias las medidas legislativas adoptadas por los gobiernos de izquierdas y la intensa movilización político social, más o menos violenta; tras el 17 de julio pasaron a engrosar el significado del término revolución toda una serie de prácticas –violencia masiva, colectivizaciones, etc.– cualitativamente distintas a las apuntadas anteriormente⁹.

En cuestión de días, el país quedó dividido en dos y, en medio, se configuró el frente de guerra. La evolución política, social y cultural de cada bando se alimentó de dinámicas internas, pero también de un diálogo incesante con la retaguardia enemiga. Es decir, las nuevas autoridades políticas, las diferentes instituciones y partidos, los combatientes y la población en general no resultaron ajenos a lo que ocurría en la retaguardia del enemigo o en el mismo frente y sus tomas de posición, sus decisiones estaban condicionadas por estos hechos. A este respecto, lo que más nos interesa aquí es cómo desde la última semana de julio y, con más intensidad a partir de agosto, aparecieron en la prensa testimonios de evadidos de la retaguardia republicana. También en la radio se reflejaba el interés por lo que estaba ocurriendo en la zona controlada por los republicanos¹⁰.

9 La forma paradójica de la que comienza la revolución en CASANOVA, Julián (2007): *República y guerra civil*, Barcelona Crítica-Marcial Pons. El carácter cualitativamente distinto de la violencia revolucionaria en LEDESMA VERA, José Luis, "¿Cuchillos afilados? De violencias, Guerra Civil y cultura bélicas en la España del Primer siglo XX". En E. González Calleja y J. Canal (coords.), *GUERRAS CIVILES. Una clave para entender la Europa de los siglos XIX y XX*, Madrid, Casa de Velázquez, 2012, p. 101. Para el discurso contrarrevolucionario importa poco que algunos de estos cambios fuesen más aparentes que reales y que suscitasen una fuerte oposición entre los propios revolucionarios, como es el caso de la subversión de los roles de género.

10 La relación dialéctica entre revolución y contrarrevolución en el caso de España ha sido descrita por LEDESMA, José Luis "Una retaguardia al rojo. Las violencias en la zona republicana", en F. Espinosa Maestre (ed.), *Violencia roja*

A partir de finales de 1936 y con muchísima fuerza en 1937 a los artículos de prensa y los programas de radio, que nunca dejarían de tratar el tema de la revolución, se sumaron los libros de testigos de lo que se vivía en la retaguardia enemiga, novelas sobre Madrid, Valencia, Málaga o Barcelona, incluso colecciones de fotografías que se ocuparon de transmitir la experiencia de la revolución. La aterrorizada burguesía consumió estos productos, algunos de los cuales se convirtieron en auténticos éxitos editoriales y que dieron contenido a la cultura de guerra sobre la que se construyó el franquismo. Con toda esta información bombardeando a la población de la retaguardia franquista parece improbable que a la altura de enero de 1938 hubiese alguien que no tuviera una viva imagen de los horrores vividos en las ciudades rojas. Era necesario que todos compartiesen la angustia, el sufrimiento y el temor que habían sufrido, o todavía atravesaban, sus compatriotas, sus familiares y sus amigos en la “zona roja”. La guerra y la política así lo exigían¹¹.

Siguiendo los relatos de la revolución observamos cómo desde las primeras noticias del golpe de Estado, el domingo 18 de julio, un clima de incertidumbre se apoderó de muchas ciudades. Parecía que, en ese preciso momento, muchos españoles presintieron la catástrofe que estaba por venir en la que esta sensación de incertidumbre se convertiría en el estado normal durante los meses o años del “dominio rojo”. Pero todavía no había nada decidido; durante unas horas, días enteros incluso en algunas casos, las fuerzas del orden opusieron su última resistencia frente a la revolución, alimentando la esperanza de una solución rápida de la crisis política. Una vez ahogadas en sangre estas resistencias cayó el último dique de contención frente al desorden y comenzó una auténtica pesadilla. A partir de entonces una siniestra masa armada hasta los dientes se desparramó por las distintas ciudades invadiendo hasta el último rincón. Por ejemplo, en Madrid “pocas horas más tarde [de la toma del cuartel de la Montaña], la ciudad ve pasar por sus calles a la más siniestra turba que concebirse puede, armada ya de fusiles, de ametralladoras, de bombas de mano. Han

y azul. *España, 1936-1939*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 147-247 y 391-409. La primera entrevista a un evadido de la parte oriental de Aragón fue publicada en *Heraldo de Aragón* el 25 de julio de 1936.

11 Sobre la producción, publicación y difusión de las obras literarias en la retaguardia rebelde MARTÍNEZ CACHERO, José María (2009): *Liras entre Lanzas. Historia de la Literatura “Nacional” en la Guerra Civil*, Madrid, Castalia; MAINER, José Carlos, "De Madrid a Madridgrado (1936-1939)": La Capital vista por sus sitiadores". En M. Albert (ed.), *Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español*, Madrid, Vervuet, 1998, habla del éxito de las novelas sobre la revolución entre la burguesía.

asaltado los Parques militares y el pillaje ha sido total. Al mismo tiempo son asaltadas también las tiendas de los armeros”¹².

La “gente extraña” a la que se referiría Foronda, esos hombres despechugados y sucios que evocara Guardiola eran los habitantes de un inframundo, sucio y maloliente, pero que, a diferencia de lo que dan a entender estas narraciones, siempre habían estado allí. Eran los trabajadores que quedaban marginados en la utopía urbana de la burguesía. Un submundo que aterrizzaba porque era desconocido y resultaba imposible de controlar; en el que sus habitantes tenían sus propias organizaciones y proponían formas alternativas de organizar la sociedad. Ahora, tras el golpe de Estado ascendieron sin pedir permiso para inundar el mundo ordenado de la superficie. En realidad no venían de un mundo subterráneo sino de los barrios obreros situados a las afueras de las ciudades. Y, esta vez, a diferencia de las manifestaciones que habían tenido lugar durante el periodo republicano, no se iban a limitar a ocupar temporalmente el centro de las ciudades. Ahora habían llegado para quedarse y como prueba de ello las distintas organizaciones sindicales y los partidos competían por apropiarse de los mejores edificios del centro de las ciudades, donde, como los hunos de Atila, “vivaqueaban salvajemente” después de haber expulsado a sus legítimos habitantes. Es probable que la importancia atribuida al sentido vertical en el que se producía la Revolución social fuese una forma de expresar que desde la oscuridad del cuarto de máquinas de la sociedad los operarios emergían a la superficie, siempre de abajo hacia arriba, queriendo dar la vuelta a un orden que se vivía como natural y necesario. Diríase que subían buscando algo de luz, pero incapaces de dejar tras de sí las sombras que les envolvían las arrastraron con ellos a la superficie cubriendo la ciudad, sumiéndola en “la noche más larga” que duraría hasta la “liberación” por las tropas de Franco¹³.

Y una vez en la superficie, todas las esperanzas de liberación y el resentimiento acumulado durante años de opresión se fundieron en una fiesta popular en la que la venganza en forma de violencia era un elemento central y el fuego el elemento purificador por excelencia. Ya en la retaguardia rebelde, los supervivientes del “Moloch marxista” intentaron transmitir las sensaciones que les había provocado esta cruel celebración recurriendo a imágenes que poblaban la imaginación

12 El recuerdo de la última resistencia de las fuerzas armadas es central en las obras sobre la revolución, destacando el caso de Madrid y el asalto al cuartel de la Montaña. Panfleto anónimo (1939): *Giral o una historia de sangre*, Madrid, Combate, p. 8.

13 MIQUELARENA, Jacinto [El Fugitivo] (1937): *Cómo fui ejecutado en Madrid*, Ávila, Sigiriano Díaz, p. 32; FORONDA, Ana María de, op. cit., p. 23.

de la clase media occidental y que durante siglos habían servido para describir al “otro”, los sectores excluidos frente al que se construyó la imagen de Europa: campamentos de bárbaros, herejes, aquelarres, carnavales sangrientos y orgías desenfrenadas llenaron las páginas de la literatura sobre la revolución. Parecía como si la boca del infierno se hubiera abierto y escupiese a sus habitantes que salían para acosar a los justos. Y, desde luego, las grotescas imágenes de momias exhumadas y expuestas en plena calle que recorrieron toda España ayudaron bien poco a desmentir esta idea. La evocación de la fiesta popular era una forma efectiva de reflejar esta extraña mezcla de alegría descontrolada, totalmente irracional, producto de la entrega completa a los instintos más primarios; junto con el desbordamiento de una violencia carente de sentido¹⁴.

Metáforas de distinto tipo se combinaron para reforzar la percepción de la revolución como un estallido de irracionalidad. Se utilizaron profusamente los símiles naturales: las masas revolucionarias podían ser descritas como una fuerza natural fuera de control, como una riada que había roto los diques de contención y se precipitaba sobre el resto de la sociedad arrasando todo a su paso. Igualmente, todavía dentro de las semejanzas naturales, era recurrente asociar a los milicianos con animales, como hacía en este pequeño poema de dudosa calidad literaria Felix Cuquerella:

«No repican las campanas / a fiesta; pero ya salen / hombres, mujeres y niños / de las casas. ¡Loco enjambre / que avanza, con rumor ronco, / para dar al auto alcance! / Que corren como manada / de hienas y de chacales / hambrientos, que por la selva / van olfateando la sangre»¹⁵.

Como otras fiestas populares, la revolución suponía una pérdida del autocontrol producida por una mezcla de alcohol y sexualidad. Las escenas de bodegas saqueadas y de orgías en las iglesias eran recurrentes. José María Monterde explicaba en sus charlas radiadas en Radio Zaragoza justo después del golpe de Estado cómo tentada por el “negro y nauseabundo vinazo, envenenado de las más viles, repugnantes y criminales drogas” procedentes del “extremo Oriente [...] Una parte de España bebió, con la inexperiencia del abstemio, [...]. Y bebió tanto, que se embriagó; y a seguida [...] horrible pesadilla”. Mientras que Ana María de Foronda describía cómo las mujeres

14 FONTANA, Josep (1994): *Europa frente al espejo*, Barcelona, Crítica. Entrecuadrado en “El capellán castrense”, *Vértice: revista nacional de Falange*, nº 4, julio-agosto, 1937. La mayoría de los autores recurren a estas imágenes para describir la revolución, un buen ejemplo PÉREZ DE OLAGUER, Antonio (1937): *El terror rojo en Andalucía*, Burgos, Ediciones Antisectarias. Las imágenes de momias circularon por todo el mundo: Libro anónimo (1937): *500 fotos de la guerra*, Valladolid, Imp. Castellana.

15 CUQUERELLA, Félix (1940): *Romances y episodios de la revolución "roja"*, Zaragoza, Librería General, p. 24.

rojas “fustigan con sus voces y sus desnudeces cascadas a la canalla marxista, y excita su bestialidad la sangre caliente y la carne blanda bajo el puñal!”¹⁶.

Para entender plenamente la honda impresión que causó la revolución entre los miembros de la clase media debemos prestar atención a la supresión de toda una serie de elementos que marcaban una clara distinción entre la clase media y la clase obrera. La cultura, la formación universitaria, los buenos modales, el lenguaje correcto, la vestimenta elegante, las actividades de ocio, el servicio privado, etc. eran señas de identidad que unían a las clases altas con el sector más afortunado de la clase media. En línea con la tradición carnavalesca, todas las reglas de comportamiento, los símbolos del poder y de la influencia social, fueron subvertidas. A medida que el carnaval alcanzaba todos los aspectos de la vida las relaciones de un mundo cuyo orden se vivía como algo natural resultaron alteradas. La llegada de la revolución suponía la disolución de las formas de distinción social y de género. Junto a ellas también se borraron las fronteras entre lo sagrado y lo profano, lo público y lo privado, lo militar y lo civil. Estos cambios afectaron en primer lugar a aquellos que los sufrieron en sus propias carnes. Pero todavía más allá, hemos de pensar que había un sector de la población que aunque no formase parte de ese mundo, compartía esos códigos, había aprendido a respetar los símbolos y lo que significaban. Coronados por el aura sagrada de la religión eran una forma de entender y vivir las relaciones sociales que se percibía como algo intocable.

Ya hemos visto algunas de las formas que adoptó este carnaval, como la invasión del centro burgués y la desaparición de la indumentaria burguesa que indignaron a Foronda y a Guardiola como a tantos otros. En este sentido, Juan Puyol veía en la "limpieza moral, la superioridad que les hacía sentir sin quererlo" el joven médico Rodríguez del Castillo, preso de los “rojos” en Madrid, lo que le hacía un “representante típico de la burguesía más aborrecible para aquellos malvados: la que cifra su orgullo en valores del espíritu más que en la posesión de la riqueza material, aunque la tenga. Sólo así se explica la sorda animosidad, la crueldad hipócrita con que le torturaban sin pretexto". Los milicianos eran los principales protagonistas del carnaval para disgusto de una clase media a la que andar por las calles le resultaba “a más de expuesto, desagradabilísimo por el

16 MONTERDE, José María (1936): *Latidos de un español. Alocuciones pronunciadas desde las emisoras "Radio Aragón", de Zaragoza*, Zaragoza, Berdejo Casañal, p. 16; FORONDA, Ana María de, op. cit., p. 12.

repugnante espectáculo que constantemente se observa de gente sin educación, blasfemos, deshonestos, criminales”¹⁷.

Y son estas las condiciones en las que se hicieron posibles las escenas más inverosímiles, desde la más ridícula hasta la más trágica. Los milicianos mostraron que la forma más radical de cancelar estas distinciones era la violencia contra aquellos que sobresalían. En otras palabras, se puso en marcha un proyecto de igualación por lo bajo. Ocultos entre las sombras, aprovechándose del ambiente carnavalesco y ensoberbecidos por su victoria momentánea, los milicianos se atrevieron a llevar a cabo cualquier transgresión. Las iglesias fueron asaltadas, saqueadas y finalmente quemadas; los elementos del culto católico eran profanados y las imágenes destruidas. Los miembros del clero fueron asesinados a miles reforzando, a ojos de los católicos, la interpretación de la revolución como una fiesta de carácter satánico. Poco a poco, a través de estas acciones, la revolución dejaba ver su auténtico rostro: no se trataba, como manifestaba la “propaganda roja”, de la liberación de los explotados. Más bien era un ataque contra la tradición de la nación, contra su verdadera esencia: es decir, contra la religión católica, refugio espiritual que garantizaba la continuidad entre el pasado y el presente de la comunidad en un mundo que no dejaba de cambiar¹⁸.

Además, debido al afán nivelador revolucionario “los propietarios pasaron a porteros y mozos”. Los obreros idearon un "sistema nuevo" que "consistía en despojar a los particulares de sus bienes y apropiárselos ellos. Para malgastarlos, para hacerlos desaparecer en una incesante fiebre de gozar con desenfreno de los bienes de la vida". Incautaron las fábricas, colectivizaron la tierra y controlaron el comercio. “Tres palabras que tenían este significado: Robo, expoliación y saqueo”, “tres palabras [...] que se pueden traducir a una sola palabra [...]: Ruina”. Al apartar a los más dotados para dirigir la economía el resultado inmediato fue su desorganización total y el colapso de la vida de las ciudades. El hambre y la miseria se generalizaron, hasta el punto de poner en peligro la supervivencia colectiva. En otras palabras, la revolución representaba una cesura radical respecto

17 TRULLÉN, Ramiro, op. cit., trata a fondo la ansiedad despertada por la puesta en cuestión del sentido de distinción de la clase media durante la II República. PUYOL, Juan, “Prólogo”. En: Rodríguez del Castillo, *Vida y muerte en las cárceles rojas*, Tudela, Imp. católica Larraz, 1938, p. 10; DORDÁ, Manuel (1937): *Del diario de un evadido de Madrid*, Ávila, Imprenta Católica Sigiriano Díaz, p. 22.

18 Las obras dedicadas a la violencia contra la iglesia son numerosas, un buen ejemplo CASTRO ALBARRÁN, Aniceto de (1940): *La gran víctima. La Iglesia española, mártir de la revolución roja*. Salamanca.

al pasado de la nación y, lo que es más grave, la cancelación de todo futuro. A cambio sólo ofrecía saqueos, muerte y destrucción¹⁹.

Estas dos dimensiones se daban cita en el ataque a la familia. La revolución no se detenía ni siquiera en el umbral de los hogares “decentes”: entraba en las casas de la burguesía y atacaba el ámbito más privado, lo profanaba, destruyendo los recuerdos familiares y truncando la transmisión de los valores religiosos a las nuevas generaciones. A juzgar por la frecuencia con la que se repetían las imágenes de hogares rotos en un brutal registro debían provocar una fuerte conmoción entre la burguesía. Fueron numerosas las casas donde durante un registro los milicianos “sacaron de cuajo los cajones de la cómoda, los volvieron del revés. Cayeron confundidos viejos estuches, collares, dijes y medallones; álbumes de metálicas cantoneras, antiguas fotografías, recortes de revistas pasadas de moda, flores lacias, paquetes de cartas marchitas, recordatorios de muertos y estampas de primera comunión; papeles y cajas de hilos y botones, que se desgranaron y rodaron sobre los baldosines”. El ataque a la familia no acababa allí. El carnaval revolucionario difuminaba las diferencias entre los sexos: las mujeres se vestían con monos azules de obrero y se paseaban con fusiles, actuando como hombres, mientras que los hombres no cumplían con sus deberes hacia las mujeres y la familia. Además, el matrimonio libre suponía un ataque frontal a la familia, célula básica de la comunidad. Al poner en cuestión la reproducción de la misma su proyección hacia el futuro quedaba seriamente comprometida. La revolución atacaba las bases de la sociedad, religión, propiedad y familia, suprimía su carácter sagrado, dejándolas a merced de la arbitrariedad²⁰.

Con todos estos cambios concentrados en pocos meses se vivió una transformación total de las ciudades españolas y los “espectadores” involuntarios de este triste espectáculo declaraban tener la sensación de andar por ciudades desconocidas. En este momento emergía la utopía urbana burguesa. Eran muchos los que se sentían invadidos por una inmensa nostalgia ante la ciudad tradicional perdida: las poblaciones alegres y llenas de vida que habían conocido en su juventud se habían convertido en cuestión de semanas en poblaciones tristes y de un feo y monótono color gris, las calles estaban llenas de “montones de basura, que hace meses no se recoge. Casas con grandes averías; cristales rotos a granel. Ropa (más bien harapos) tendida en casi todos los balcones o en cuerdas atadas de árbol a árbol en los mejores paseos; puestos tendidos sobre el suelo, donde se

19 CIRRÉ, José (1937): *De Espejo a Madrid. Con las tropas del General Miaja*, Granada, Librería Prieto, p. 25; GOLLONET, Ángel y MORALES, José (1937): *Sangre y Fuego. Málaga. Más datos para la historia de la guerra civil española*, Granada, Imprenta Editorial Uralia, pp. 170-171.

20 MARQUERÍE, Alfredo (1940): *Cuatro pisos y la portería*, Madrid, La Novela de Vértice, p. 9.

exhibe para la venta toda clase de objetos”. Incluso la gente común había cambiado de aspecto y de comportamiento: “Gentes desharrapadas; milicianos de uniformes heterogéneos, con predominio el ruso; caras famélicas o feroces; gesto de odio o de desdén. [...]. Vocerío lleno de palabras tajantes; blasfemias, insultos; tristeza en el ambiente y en los corazones”. A medida que la miseria se extendía el ambiente de fiesta iba decayendo. Algunos milicianos iban despertando de su estado de embriaguez. Con el regusto del alcohol todavía en la boca recordaban la larga noche en la que se habían entregado a los excesos, dejándose llevar por el odio de clase y el olor de la sangre. Muchos relatos del “Terror rojo” presentaban entre el variado elenco de personajes que se daban cita en sus páginas al revolucionario arrepentido. Éste, después de haber participado activamente en la orgía de sangre de la revolución, había tomado conciencia de sus faltas y buscaba apaciguar su alma atormentada revelando sus crímenes a un aterrorizado oyente. El antiguo revolucionario, como despertado de un mal sueño, daba cuenta de su participación en la espiral de violencia, en la que habría actuado fuera de sí, movido por fuerzas ajenas a su propio ser²¹.

Como han señalado Chris Ealham para el caso de Barcelona, o, en un sentido más amplio, José Luis Ledesma, la actuación de los revolucionarios y los cambios que sufrieron las ciudades estaban cargados de un significado político. Los milicianos seguían una lógica política propia, en buena parte fruto de la improvisación impuesta por el contexto bélico, pero que enlazaba con las experiencias de movilización y protesta popular acumuladas durante años. En el caso de las ciudades, los protagonistas de la revolución intentaron plasmar un “proyecto urbanístico revolucionario” que buscaba transformar las ciudades en un sentido anticapitalista y comunitario. Dirigidos por comités revolucionarios se ocuparon los barrios ricos y los edificios que representaban el privilegio, el poder y la influencia social de la elite –Iglesias, oficinas, hoteles, casas de los ricos, cuarteles, etc.– devolviéndolos a la comunidad. Además se sustituyeron otros símbolos del poder de la élite por otros nuevos que expresaban el poder recién adquirido de las organizaciones obreras. Ajenos a estas lógicas, los relatos de carácter contrarrevolucionario presentan estos actos desprovistos de su contenido político, y por lo tanto, los hacían impenetrables para la razón²².

21 MAINER, José Carlos, op. cit., pp. 181-198. Los entrecomillados en DORDÁ, Manuel, op. cit., p. 56; PÉREZ MADRIGAL, Joaquín (1937): *Tipos y sombras de la Tragedia. Mártires y Héroes. Bestias y farsantes*, Ávila, Imprenta católica Sigiriano Diaz.

22 Chris EALHAM, "El mito de la muchedumbre enloquecida: clase, cultura y espacio en el proyecto urbanístico revolucionario de Barcelona, 1936-1937". En: C. Ealham y M. Richards (eds.), *España fragmentada. Historia cultural y*

El discurso contrarrevolucionario ignoraba esta realidad. Todos estos acontecimientos fueron convenientemente aislados de la violencia estructural que había establecido firmes fronteras de clase y de género. Igualmente fueron separadas de las lógicas inmediatas –“las coordenadas concretas de guerra y revolución”– que son las claves para comprender la violencia revolucionaria. Por ello, si no había ninguna injusticia en la situación anterior y si los revolucionarios no encarnaban un proyecto político propio, al contrario, eran la negación de cualquier forma de legalidad, si lo que pasaba en la retaguardia republicana no tenía ninguna relación con lo que ocurría en el frente y, más allá de éste, en la retaguardia rebelde, cabía preguntarse ¿qué fue la causa que impulsó a esta gente extraña a conquistar todo lo que no les pertenecía por derecho? ¿Por qué atacaron un orden que garantizaba la Justicia y el bien común? Las causas de la revolución estaban muy claras para aquel que siguiera atento el discurso contrarrevolucionario²³.

Como explicaba el psiquiatra Vallejo-Nájera, la masa formada por los trabajadores no podía estar detrás de la revolución; esas inteligencias débiles podían ser orientadas hacia el bien igual que hacia el mal. Ellos sólo eran los instrumentos utilizados por unos intereses ocultos que movían los hilos desde la sombra. Los verdaderos responsables de la guerra eran “los oradores, los payasos, los criminales y los embusteros de la política que han envenenado la vida española”. Los políticos republicanos habían posibilitado la situación alcanzada al alejarse de la religión y fomentar la pérdida del respeto hacia las jerarquías. La posición de estos políticos al frente del Estado no se correspondía con la existencia de un proyecto social apoyado por una parte importante de la sociedad española movilizada durante la Segunda República. Al contrario, era la consecuencia de fuerzas ocultas que conspiraban contra la Nación española, era “la actuación callada, sorda, misteriosa de la masonería”²⁴.

La democracia, el parlamento, etc. sólo eran la antesala de lo que luego había ocurrido, una puerta mal cerrada por la que el mal se podía colar y destruir la sociedad desde dentro. El primer paso de algo mucho más terrible. La máscara de un complot internacional en el que judíos, masones y marxistas pretendían liberar lo más bajo de la sociedad de la tutela paternal de sus líderes naturales. Este momento era la oportunidad esperada por los oportunistas, los políticos demagogos

Guerra Civil española, Comares, Granada, 2005, pp. 153-186, entrecomillado en la pág. 154; LEDESMA, José Luis, op. cit..

²³ Entrecomillado en LEDESMA, José Luis, “Delenda est Ecclesia. De la violencia anticlerical y la Guerra Civil de 1936”, paper presentado en el Seminario José Ortega y Gasset, 2008-2009, pp. 28-29.

²⁴ CIRRE, José, op. cit., pp. 6-7; PÉREZ DE OLAGER, Antonio (1938): *Lágrimas y Sonrisas*, Ed. Antisectarias, Burgos p. 97.

de la izquierda, para llenarse los bolsillos con todas las riquezas que pudiesen recoger y abandonar el país antes de que la violencia de la revolución les alcanzase a ellos mismos. A través de esta argumentación se buscaba desacreditar cualquier intento de cambio por moderado que fuese. Según los contrarrevolucionarios, al poner en cuestión los pilares del orden se había liberado el potencial destructivo de unas masas que debían estar tuteladas en todo momento por los más dotados de la sociedad. Llenos de un odio y una envidia inoculada por agentes corruptores, los revolucionarios se lanzaron contra los garantes de la moralidad, Dios y sus representantes, los sacerdotes; contra aquellos que habían triunfado por sus propios méritos y dirigían a la comunidad con el único objetivo de alcanzar el bienestar colectivo, la clase media y la aristocracia; y contra los encargados de mantener el orden, el ejército y la guardia civil. El marxismo era señalado como un “grano purulento”, un “virus monstruoso” que había infectado a una parte de la sociedad. Una metáfora médica que apoyaba la idea de su origen externo. Bajo su influencia “no triunfó la República, no triunfó la democracia, no triunfaron siquiera los hombres de la República, el éxito era de las malas pasiones, de los apetitos apremiantes, de todas las codicias, de todas las más bellacas ansias, metidas en los cuerpos de los más audaces, de los más incultos, de todo el bajo fondo que una sociedad tiene”²⁵.

2. España vuelve a su senda.

Una cosa estaba clara, el “virus ponzoñoso inoculado en España” que contaminaba el cuerpo de la nación y que estalló después del 18 de julio llevaba un tiempo incubándose y sus síntomas se habían manifestado continuamente desde el funesto 14 de abril. Mucho antes de que se desencadenase la “tragedia” ya había una parte de la nación que era consciente de que España, enferma y desorientada, había perdido su rumbo. Era necesaria una tarea de reconstrucción nacional y no eran pocos los que esperaban una señal que diese comienzo a este proceso. Con estas condiciones no es de extrañar que desde el primer momento la acción de los militares tuviera eco entre una buena parte de la población. Las reacciones de entusiasmo, lejos de ser aisladas, se repitieron por toda la geografía española. La señal esperada había llegado. España, aletargada

²⁵ El complot tramado entre judíos, masones y marxistas en *El Noticiero*, 23-08-1936. La venalidad de los dirigentes socialistas era uno de los temas favoritos del general Gonzalo Queipo de Llano y lo explotó reiteradamente en sus célebres charlas radiofónicas. Por ejemplo en *La Unión*, 22-07-1936, se reproducían las palabras del general respecto al afán de riquezas de Indalecio Prieto, citado en GIBSON, Ian; (1986): *Queipo de Llano. Sevilla, verano de 1936, con las charlas radiofónicas completas*, Barcelona, Grijalbo p. 155 Entrecomillados en PUIG MORA, E. [El ciudadano desconocido] (1937): *La Tragedia Roja en Barcelona. Memorias de un evadido*, Zaragoza, Librería General, p. 45; MORENO GONZÁLEZ, Remigio (1938): *Yo acuso... Ciento treinta y tres días al servicio del Gobierno de Madrid*, Tanger, F. Erola, p. 76

durante años, se volvía a poner en Movimiento. Por eso, inmediatamente, una serie de hechos inesperados fueron integrados en una estructura narrativa previa que les dotaba de significado. Un numeroso grupo de pequeños y medianos propietarios rurales y urbanos, junto con muchos profesionales liberales profundamente católicos y conservadores participaron en esta interpretación con su movilización. La jerarquía eclesiástica sancionó esta visión de los hechos y los líderes militares viendo el apoyo popular que suscitaba la noción de Cruzada la tomaron como propia para justificar su operación de reimposición del orden²⁶.

Según este discurso, lo que se vivía en la retaguardia rebelde era una manifestación de la verdadera España, iniciadora de una Cruzada en defensa del orden social, religioso y nacional en peligro por el alejamiento de las tradiciones españolas. Una idea que había quedado clara tras el bombardeo del Pilar en Zaragoza y el fusilamiento de Cristo Rey en el Cerro de los Ángeles. A través de este mecanismo discursivo las nuevas realidades de la retaguardia rebelde quedaron enmarcadas en una continuidad de lucha por este *orden* sancionado por Dios, única fuente de la *autoridad* y de la *Justicia* garantes del *bien común*. Esto fue posible porque, aunque la violencia política desencadenada en el verano de 1936 era cualitativa y cuantitativamente distinta de la producida con anterioridad, los conflictos de fondo a los que respondía eran en muchas ocasiones los mismos: las relaciones de subordinación entre los géneros y las clases sociales que convivían en el país, las disputas territoriales entre el centro y la periferia y, finalmente, la posición ocupada en la sociedad por la Iglesia y el ejército²⁷.

El grano purulento había estallado y la infección se esparcía en todas las direcciones, poniendo en peligro la supervivencia de la comunidad nacional. Se multiplicaron las voces que clamaban por un renacimiento de España a través de la lucha. Este es el sentido de la arenga de Manuel Siurot a las tropas sublevadas desde Unión Radio de Sevilla: “Peleáis para defender la vida, la creencia, la libertad, la propiedad, el honor y la familia. Lucháis para defender las cenizas de los abuelos, las pilas donde os bautizasteis, el lecho donde nacisteis, el hogar donde os enseñaron a rezar, a ser buenos y a ser españoles”. Y resulta curioso que entre los valores espirituales a los que

26 SANABRIA, Fernando (1938): *Madrid bajo las hordas, (vía dolorosa de la capital de España)*, Ávila, S.H.A.D.E., p. 230; VINCENT, Mary, “La Guerra Civil española como guerra de religión”, *Alcores*, 4 (2007), págs. 57-73; CRUZ, Rafael, op. cit., pp. 261-320.

27 GOMA, Isidro, “Carta colectiva del episcopado español”. En: I. Gomá, *Pastorales de la guerra de España*, Madrid, Rialp, 1955, p. 158. La carta colectiva se publicó el 1 de julio de 1937 y fue firmada por la mayoría de los obispos españoles. Alcanzó una gran difusión tanto a nivel nacional como internacional. Para el aspecto rupturista de la violencia ver nota número 8.

se apeló con insistencia no sólo estaban la religión católica o la nación española. El Orden al que constantemente se hacía alusión era un orden organizado alrededor de un principio sagrado: la propiedad privada, uno de los elementos que unían a todos los partidos políticos e instituciones que convergieron en el franquismo²⁸.

Era todo eso lo que había en juego y, a pesar de su violencia, la tragedia que estaba asolando el país debería tener un efecto positivo. Al mostrar la verdadera naturaleza de cada una de las distintas partes que conformaban la nación –representada como un organismo en el que cada miembro realizaba una tarea determinada para el bien del conjunto– acabaría con las confusiones y devolvería a cada uno a su lugar; en otras palabras, los brazos y piernas de la nación dejarían de intentar ocupar el puesto del cerebro. El impacto de la revolución y toda su violencia hizo que la frontera que separaba la revolución del orden se hiciera más visible para amplios sectores de la población y, en especial, una parte de la clase media que había dado su apoyo al republicanismo de izquierdas pero que miraba con recelo la movilización de las masas obreras. Buena parte del heterogéneo grupo formado por profesionales liberales y pequeños propietarios urbanos que había apoyado el proyecto democratizador republicano, al extremarse la dialéctica entre la revolución y la contrarrevolución se vieron en el lado incorrecto y decidieron saltar esta frontera y unirse a aquellos que mejor podían asegurar su mundo. Las novelas sobre la revolución reflejaron esta realidad. En muchas de ellas nos encontramos a personas de la clase media que, con un pasado manchado por un “error” político, tomaban conciencia de su pecado de una forma trágica, como aquel funcionario de prisiones votante de Izquierda Republicana que quedó transformado por la visión de una masa humana formado por “*más de sesenta cadáveres, jóvenes, viejos, de edad madura...*” a los que se vio obligado a identificar tras el asalto de la cárcel Modelo en Madrid²⁹.

A la hora de reconstruir la comunidad nacional habría que tener muy presente el recuerdo de la revolución y actuar en consecuencia. El régimen político que debía dar cobijo a todos los españoles, incluidos los trabajadores, tenía que ser algo nuevo. Se definía así frente al “caduco liberalismo” que había permitido que España se desviara de su camino. Pero pese a las continuas apelaciones al carácter nuevo del Nuevo Estado, tras la estética fascista de unidad y jerarquía se escondía el mantenimiento de las relaciones sociales establecidas por la organización capitalista de

28 SIUROT, Manuel (1937): *Mis charlas en el micrófono del general*, Cádiz, Cerón, p. 7.

29 La idea de la revolución y la contrarrevolución como dos ideas que se cargan de contenidos a través de la propia contienda política y/o bélica procede de MARTIN, Jean-Clément, op. cit.; FORONDA, Ana María de, op. cit., pp. 30-31.

la producción y la sociedad patriarcal. Este discurso podía incluso aceptar la existencia de injusticias sociales, pero en todo caso éstas no eran el resultado de problemas estructurales sino del egoísmo de algún capitalista particular, algo que el Nuevo Estado corregiría. Desde esta perspectiva, el ataque al liberalismo se puede abordar como el ataque a un régimen político que ya no garantizaba la dominación sobre los trabajadores. Lo que había en juego era la creación de una nueva forma de hegemonía política que acabase con la crisis de entreguerras. Para muchos de los antiguos liberales que se echaron en brazos del franquismo como medio de salvaguardar sus intereses materiales, la falta de libertad fue un mal menor frente a la amenaza que representaban la gran masa de obreros y jornaleros. Si se vieron desplazados políticamente por la Iglesia católica y por FET y de las JONS era un castigo aceptable por su imprudencia. El clérigo catalán Joan Estelrich lo tenía claro cuando afirmaba que *“si como consecuencia de la reacción contra la anarquía, se pierden libertades y conquistas democráticas, échense la culpa a sí mismos, los que libraron el país a la ferocidad de comunistas y anarquistas, los que prefirieron a una República tolerante, en que todos los españoles pudieran convivir una República hosca, intolerante y persecutiva, instrumento de subversión social y de barbarie”*³⁰.

El Nuevo Estado ofrecía un horizonte de seguridad, una reordenación de la sociedad. De ahí esa insistencia, hasta el punto de la obsesión, en resaltar la normalidad que se respiraba en la retaguardia rebelde frente a lo vivido en la retaguardia republicana: "Podemos establecer puntos de comparación objetivos sobre las manifestaciones externas del entusiasmo en ambos bandos: matanzas, pillaje, incendios y destrucción en el marxista; manifestaciones públicas de religiosidad y patriotismo, orden, trabajo y disciplina en el nacional". Es clara la identificación de la normalidad con el control del trabajo. Todavía más explícito era Fernando Sanabria "Solo una semana de martirio rojo os haría ver y apreciar las cosas de manera distinta. [...]. Gracias a Franco puedes tú levantarte sin temor por las mañanas; porque gracias a Franco puedes dormir con sosiego, todas las noches." La normalidad que ofrecía el franquismo no sería la vuelta al pasado; había que contar con los obreros, integrarlos en la comunidad nacional, esto sería posible siempre y cuando estuviesen debidamente ordenados, guiados por sus líderes naturales. Por otro lado, era difícil recuperar la normalidad en un clima marcado por la violencia contra los militantes de las organizaciones obreras y republicanas. Pese a su ausencia en el discurso, la escala de la violencia fue tal que no debió resultar fácil volver la cara y hacer como si no existiese. Y si dentro de los apoyos sociales de los

30 ESTELRICH, Joan (1937): *La persecución religiosa en España*, Buenos Aires, Difusión, p. 110.

rebeldes hubo quien aplaudió y alentó dicha violencia, e incluso quien participó activamente, para muchos otros la fractura de la comunidad revistió un fuerte carácter traumático. La imagen del caos y la violencia revolucionaria proporcionó una explicación convincente de su toma de partido y un lugar donde desviar la mirada para no afrontar este trauma³¹.

Evidentemente los distintos grupos sociales que convergieron bajo el paraguas –o mejor dicho, el escudo– del franquismo no tenían una identidad propia homogénea y tenían distintas experiencias de la modernidad. El régimen debía responder a la ansiedad de diferentes grupos sociales con experiencias muy diversas de lo que la modernidad suponía. La imagen nostálgica de una ciudad armoniosa perdida para siempre por el impacto de la revolución tuvo una gran importancia. Igualmente se jugó con una idealización de la vida rural que aquí no hemos tratado. Pero la verdad es que la comunidad orgánica con la que soñaba la clase media y la ciudad tradicional que era su plasmación urbana había desaparecido mucho antes de que llegara la revolución, si es que alguna vez existió. El avance de la industrialización se la había llevado por delante y las masas de trabajadores que ahora tomaban el centro urbano no eran las responsables de esa pérdida, más bien eran uno de los síntomas de los nuevos tiempos. Concentrando en un acontecimiento político –la revolución– y dando una forma humana –la del miliciano– a los cambios que habían despertado tanta ansiedad entre distintos grupos sociales se ofrecía un camino rápido para su solución: aplastar la revolución y rectificar el rumbo de España era la forma más rápida de acabar con la inseguridad y la incertidumbre, efectos negativos de la modernidad capitalista. Desde ese momento, la comunidad nacional, aunque tuviese fija su mirada en un pasado ideal, en la imagen utópica de la comunidad armónica que había forjado la clase media, se podría proyectar hacia el futuro. Sería una continuación del camino que marcaba la civilización cristiana occidental y por tanto conservaría los pilares básicos de la sociedad: religión, nación, propiedad y familia. En definitiva, trataba de encontrar una vía hacia el progreso totalmente controlada desde arriba para lo que se valía de los anhelos de seguridad y estabilidad de una parte muy importante de la población³².

31 VALLEJO-NÁJERA, Antonio (1939): *La locura y la guerra. Psicopatología de la guerra española*, Valladolid, Santarén, p. 191; SANABRIA, Fernando, op. cit., pp. 10-11.

32 ZIZEK, Slavoj (2007): *En Defensa de la Intolerancia*, Madrid, Sequitur, pp. 11-12.

Conclusión.

Como hemos visto, la narración franquista de la guerra presentó ésta como un enfrentamiento maniqueo entre principios absolutos como el bien y el mal o el orden y la revolución, España y anti-España. Esta reducción binaria ocultaba la relación dialéctica entre la revolución y la contrarrevolución. Si existía alguna relación entre estas dos realidades completamente enfrentadas sólo se producía en una dirección: la revolución había hecho imposible la convivencia en condiciones normales por lo que hubo necesariamente un despertar de España contra ella, lo que aquí denominamos contrarrevolución. De esta forma el discurso contrarrevolucionario operó un desplazamiento de los distintos conflictos que desgarraban la sociedad española y que alimentaron la propia guerra civil: bajo la noción de orden se negaba que éstos encontrasen sus causas en situaciones de injusticia y desigualdad entre trabajadores y patronos, entre hombres y mujeres, y en la implicación de instituciones como la Iglesia y el ejército en el mantenimiento de los privilegios de un grupo reducido de la población. Por el contrario, la revolución era el producto de una influencia exterior corruptora; allí donde ésta triunfaba el orden era destruido y la sociedad se disgregaba en innumerables elementos dispersos que buscaban satisfacer sus caprichos sin importarles el destino común. El único efecto posible de la revolución era la destrucción de las bases de la civilización, religión, nación, propiedad y familia, que quedaban unidas en la idea de España.

Ahora bien, esta contrarrevolución no tenía el sentido de volver el reloj hacia atrás. Bien sabía una parte importante de los apoyos sociales de la sublevación que esto era imposible y, sobre todo, perjudicial para sus intereses. El reloj debía seguir en marcha, y la civilización no podía dejar de avanzar en su camino hacia el progresivo perfeccionamiento de la naturaleza humana. Para ello era necesario disciplinar a los trabajadores e integrarlos en una renacida comunidad nacional bien ordenada. Esta idea entraba en abierta contradicción con las imágenes utópicas de un pasado armónico, con la oferta de reconstruir un tipo de sociedad orgánica encarnada la mayoría de las veces por el pequeño campesino católico. El Nuevo Estado se encargaría de proteger la esencia de la nación española integrando a todos en una renacida comunidad nacional.

La dinámica de polarización extrema propia de la guerra y la experiencia de la violencia masiva en la retaguardia republicana afectaron al discurso. En este sentido, por un lado se produjo un cambio en la intensidad de las exclusiones en las que se basaba la oposición revolución-

contrarrevolución, identificadas con cada uno de los bandos en liza, no dejó espacio para posiciones intermedias, forzando a muchos a elegir.

La revolución y su violencia se convirtieron en el enemigo común en torno al cual se replegó un heterogéneo conglomerado de grupos sociales que tenían como denominador común la religión católica, el nacionalismo y el mantenimiento de las relaciones de propiedad. La comunidad nacional purificada a través de la violencia, la ejercida pero también, y quizás principalmente, la sufrida, fue la identidad común que legitimó un nuevo proyecto político; es decir, permitió la reconstrucción de la hegemonía política en crisis durante los años treinta. El parlamentarismo, el republicanismo de izquierdas y las organizaciones obreras independientes fueron excluidos del nuevo orden. El trauma de la guerra y la revolución hicieron posible la emergencia de esta identidad común. Es en ese sentido en el que hablamos de una cultura de guerra franquista. Esta comunidad nacional, firmemente asentada en el pasado y una vez rectificado su rumbo, seguiría su marcha hacia el futuro.